

Medellín hoy: unas notas sobre la violencia en Colombia desde el otro lado del Atlántico

Hernández Sánchez, Gustavo

Postprint / Postprint

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Hernández Sánchez, G. (2011). Medellín hoy: unas notas sobre la violencia en Colombia desde el otro lado del Atlántico. *Encrucijadas - Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 1, 96-105. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:0168-ssoar-295158>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Medellín hoy: unas notas sobre la violencia en Colombia desde el otro lado del Atlántico.

Medellin nowadays: brief notes on the violence in Colombia from the other side of the Atlantic.

Gustavo HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Universidad de Salamanca

gustavohistoria@usal.es

BIBLID [ISSN 2174-6753, nº1, 96-105]

Artículo ubicado en: www.encrucijadas.org

Fecha de recepción: *enero del 2011* || Fecha de aceptación: *mayo del 2011*

RESUMEN: Este artículo, escrito desde planteamientos metodológicos de la historia social (del tiempo presente), el análisis de larga duración y el recurso de la narrativa como herramienta del historiador, presenta la violencia actual en Colombia, cuyo caso paradigmático es la ciudad de Medellín, como una etapa nueva, distinta de las violencias anteriores (según el análisis que empleara Pécaut). Esta etapa nueva viene definida por la globalización y la economía del narcotráfico, el fracaso de la identidad nacional y una violencia generalizada impregnada de una condición eminentemente postmoderna. Se trata por tanto, de una violencia social, interclasista, postmoderna y que necesita de cambios estructurales en los que se implique toda la sociedad colombiana.

Palabras Clave: Medellín, violencia, cultura del tráfico de droga, sicariato, postmodernidad

ABSTRACT: Using the present methodological approaches to Social History, a long period of analysis and the narrative genre as the historian's main tool, this article shows Medellín as the paradigm of violence in Colombia nowadays and considers this a new period of violence which differs from its predecessors (according to Pécaut's analysis). This new stage is mainly defined by globalization and the economy generated by drug trafficking, the failure of national identity and violence, which has become widespread, as a result of its conspicuously postmodern nature. Thus, we're dealing with an specific type of postmodern violence confronting social classes, and it's therefore in need of structural changes involving Colombian society as a whole.

Key Words: Medellín, violence, drug trafficking culture, contract killing, postmodernity.

1. ¿Cómo describir Medellín?¹

La realidad latinoamericana es compleja, difícil de analizar desde una óptica eurocéntrica. Dice Cañizares Esguerra, en una cita que consideramos idónea para la introducción que:

La lucha de los intelectuales latinoamericanos por corregir lo que consideraban estereotipos acerca de América Latina que circulaban entre el público del Atlántico Norte... aun continúa. Existen dogmas que persiguen incluso a los observadores extranjeros más amigables de temas latinoamericanos, e incluso a los mismos latinoamericanos. Los escritores latinoamericanos se han esforzado al máximo por orientalizar la región mediante el concepto literario del realismo mágico y mediante historiografías que destacan únicamente los conflictos sociales y los permanentes fracasos colectivos (Cañizares Esguerra, 2007: 565-566).

¿Cómo ofrecer, entonces, desde estos presupuestos, una visión nueva que se desligue de la tradicional? Para ello decidimos hurgar en las demandas de lo que consideramos vanguardia historiográfica, desde la modestia que exige una redacción tan breve, tratando temáticas nuevas como el imaginario, pero sin descuidar las tradicionales, las cuales han supuesto, en gran medida, una base necesaria y mucho más asentada.

¿Por qué lo haremos así? Porque se trata de aquello que podemos aportar desde la historia dentro de un análisis que se hubiera identificado mejor con la multidisciplinariedad que exige el estudio de fenómenos contemporáneos, ya sea desde el campo de la ciencia política, la antropología o la sociología. El tema que tratamos de presentar de esta forma es el Medellín actual, una ciudad, tal y como la hemos podido llegar a conocer, recorrida por un problema: la violencia.

Pero, lo mismo que la ciudad se relaciona de forma distinta con el entorno regional, la Antioquia, y el nacional, Colombia, la violencia en Medellín tiene dos caras: una, tradicional, representa a la violencia política que afecta en mayor medida a las comunidades rurales, sin negar un impacto en las urbanas, y que también trabajamos en puntos como la guerrilla y el urbanismo respectivamente, pero que, no obstante, ocuparán un lugar menor, por ser un tema más conocido; y otra, social, que afecta directamente al entramado urbano y convierte la vida de la ciudad en un presente de continua violencia, cuya imagen recibimos a través de los medios de comunicación. Ambas, recorridas por la economía del narcotráfico, en el que se ven envueltas, no sólo las clases populares, sino sobre todo, las elites políticas y las oligarquías regionales y nacionales como orquestadores.

Todas estas características de la violencia en el Medellín actual decidimos insertarlas dentro de lo que consideramos una tercera ola de violencia, siguiendo el análisis que Pécaut (1993) propuso en la década de los noventa.

Desechamos, en este sentido, aquellas interpretaciones que ligan o relacionan la violencia con las capas populares colombianas, cuya representación tendría en Medellín, sin duda, uno de los casos paradigmáticos. No negamos, por otro lado, que sean ellas, en gran medida, las que se vean más afectadas, pero, de ningún modo, podemos apuntar a ellas como el origen del problema, el cual hemos decidido conducir de lo general a lo particular, es decir, conectando Medellín y su entorno, de la forma que antes indicábamos.

¹ El autor agradece la ayuda que para la redacción y elaboración del artículo me prestaron, en este orden, mis compañeros/as: Paloma Muñoyerro, Sergio Sánchez, Andrés Acquaroni, Rodrigo Fernández, Ramiro Cabañes, Fernando Lobera y Alejandro Pastor. Agradezco también la supervisión y buenos consejos del profesor Guillermo Mira.

La violencia en Medellín, y por ende en Colombia, es una violencia que en los últimos años, con la contención de las guerrillas, ha traspasado la frontera de lo político para insertarse en la sociedad, toda, hasta configurar un imaginario en el que no solamente nosotros, sino la propia sociedad colombiana, es capaz de definirse en función de dicha violencia.

En efecto, el problema de la violencia en la sociedad colombiana afecta a todos sus estratos. ¿La solución? No queríamos siquiera tratar tal pretensión, en un tema tan delicado del que sólo presentamos el análisis desde nuestro punto de vista.

¿Cómo describir entonces, una ciudad como Medellín? Una forma de hacerlo, sería desde una lógica de la identidad (Joyce, 2004), según proponía Foucault. Es decir, ¿cómo se reconoce la sociedad de Medellín a sí misma? La otra forma que se nos ocurre es desde el ejercicio de una historia ejemplarizante (Carreras y Forcadell, 2002), como reclamara Habermas, imposible de aplicar en el caso de Medellín, donde no existe una opinión o líneas de opinión que identifiquen a ningún culpable. A pesar de ello, en esta ocasión utilizaremos la reflexión que exige este tipo de historia, a la vez que trataremos de buscar, en lo que consideramos nuestra tarea como historiadores, los procesos dentro de la *longue durée* braudeliana, ya que las distintas interpretaciones son hijas de su tiempo. En esta ocasión, para concluir la introducción haremos un ejercicio narrativo (Burke, 2003) como primera forma de acercarnos a la realidad de Medellín, presentando una descripción literaria, pues, a menudo, son estas las ideas que recibimos del mundo latinoamericano.

Así como grandes metrópolis del siglo XXI nacieron sobre ciénagas y pantanos, ante el esplendor del Valle Aburrá, yace hoy moribunda la urbe. Absorto sobre sus laderas se demarra indiferente el Medellín, río que con el mismo nombre recoge incansable los recuerdos de penalidades y gozos vividos por sus habitantes que, como el Medellín, han sabido tomar un cauce ante esta maraña de ladrillo y fuego.

Desde el fondo de sus entrañas, allá en el Parque Berrío, se alza una ciudad, que de todas las que sus muros levantaron en América conserva ese carácter que atrapa a propios y extraños. Pero no se equivoque, esta es una ciudad donde las avenidas y plazas hablan de gentes y costumbres, donde cada calle marca un espacio entre el hombre y la ciudad. Aquí, ningún *paisa*² cruza una calle o descansa en un parque sin conocer que al otro lado de la ciudad el mundo no es como se lo esperaba o como se lo contaron cuando apenas daba sus primeros pasos.

Al otro lado, uno puede mirar y encontrarse el estilo y el buen vivir de El Poblado, donde por decenas se cuentan las mansiones de aquellos que “dicen” no traen lo malo a Medellín. Donde aquellos se aquejan de que unos y otros amigos de lo ajeno acechen sus jardines y piscinas. Otros dirán: “Y que se yo, si sólo vivo en Medellín”.

Tampoco lejos de allá quedan Conquistadores y Laureles, donde hasta hace no mucho el delinquir eran el escudo y la insignia de la zona, y donde algunos quieren ver ahora la mejoría de la ciudad, mientras que otros ven el aumento de las desigualdades. Es aquí donde habita el *paisa*, donde nace la *cumbia*³ y donde el bullicio se convierte en algarabía. Como el corazón, nace central el Cerro Nutibara. ¿Dónde queda la imagen de Medellín ante estos páramos? El Pueblito Paisa domina la ciudad desde su posición privilegiada, y contempla cómo se mata a Medellín, cómo se mata a Colombia. También está el Popular, cuya

2 En Colombia, vocablo apócope de paisano. Tiene también la intención de describir a los oriundos de Antioquía.

3 Ritmo y baile folclórico de Colombia, con variantes de carácter folclórico e igualmente tradicional en Panamá y otros países latinoamericanos, donde han surgido distintas adaptaciones.

impotencia ruge entre sus bosques de ladrillo. Allí da la vida a la muerte, allí se mata, allí la vida y la muerte no valen nada.

Y es que esto es Medellín. Cada edificio que se levanta es una mirada más por encima de la realidad de la calle. Cada calzada, cada avenida, cada calleja, no es otra cosa que el camino que extiende la ciudad, por sus arterias discurre presurosa humanidad llevando consigo el caos inconsciente de los que aun no han abierto los ojos ante la realidad de esta ciudad. Una ciudad que aunque de noche se ve en paz bajo las luces del *Coltejer*⁴, tras esta tarima iluminada, yace la realidad de cada uno de los habitantes de Medellín.

2. Medellín hoy

Describir la problemática de la violencia en Medellín hoy, nos lleva a buscar su origen, como apuntábamos en la introducción, en los procesos de larga duración, los cuales servirían para comprender el acontecimiento, la historia *événementielle*, en este caso el presente.

Por ello es preciso situar la ciudad de Medellín, y su región, la Antioquia, dentro del contexto de la nación colombiana, precisando antes una aclaración, según la cual, consideramos el fenómeno de la violencia en la Colombia actual, como un fenómeno que, no escapando de los procesos históricos en los que se ve inserto, en los últimos años presenta unas características propias (nuevas) que le diferencian de la violencia política tradicional a la que se le ha venido ligando; y, en este punto se basará gran parte de nuestro planteamiento.

Una de las grandes contradicciones de Colombia, respecto de otras sociedades latinoamericanas, es que no se trata de un país en el que haya intervenido el ejército. La historia colombiana del siglo XX la caracteriza una sucesión de gobiernos civiles que, no obstante, no logran evitar una violencia social muy generalizada, en tanto que horizonte de las relaciones políticas y sociales.

Se distinguen dos momentos (Pécaut, 1997): el primero, o contexto inicial, va de 1946 a 1964, se trata de una violencia eminentemente política. Entre los años 1945 a 1949, un conflicto civil no declarado desemboca en el gobierno del general Rojas Pinilla y la ANAPO (Alianza Nacional Popular), que echa mano del ejército en un intento de imitar la política populista de Perón en la vecina Argentina, para crear un sistema político al margen de las elites. Pero Colombia no es Argentina, las clases populares no están organizadas del mismo modo, y sus elites son muy poderosas. Los partidos mayoritarios, liberales y conservadores, expulsan al gobierno en 1957 y crean el Frente Nacional, que establece turnos de cuatro años en el gobierno bajo un sistema parlamentario liberal no democrático. Culmina la primera etapa de *la violencia*; la segunda etapa corresponde a la modernidad, y en ella, el gobierno del Frente Nacional tampoco supo canalizar la democratización de Colombia. Los sectores populares no logran representación política y se organizan. Este bloqueo del sistema político va en relación directa con la formación de grupos guerrilleros, las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) en 1966, el EPL (Ejército Popular de Liberación) en 1965, el ELN (Ejército de Liberación Nacional) en 1964, o el M-19 (Movimiento 19 de abril) en 1974; cuyos líderes tendrán la "convicción de que solo la vía de la lucha armada puede acarrear transformaciones sociopolíticas, y de la dificultad para combinar esta opción con una estrategia de

4 Edificio más alto de la ciudad de Medellín, y uno de los más altos de Colombia.

movilización de electoral” (Pécaut, 1993: 270). Se inicia la segunda oleada de violencia, la más conocida, que llega en gran medida hasta la actualidad.

Esta segunda ola de violencia que cobra relevancia desde finales de los setenta hasta la actualidad se construye sobre la memoria de la violencia anterior y se enfrenta en tres campos diferenciados: el político, las tensiones sociales y la economía de la droga, de la que aún no habíamos hablado, pero que recorre toda la realidad colombiana, tanto política, como sociocultural y, por supuesto, económica.

Podemos afirmar que los narcos no tienen objetivo concreto, salvo el de atender su negocio. No buscan cambiar las estructuras de las instituciones, pero alcanzan tanto poder que pueden fácilmente entrar en competencia con un estado muy debilitado.

Dichos elementos convierten a la violencia en un fenómeno continuo que hace que los motivos iniciales, políticos, se diluyan y se mezclen con otras causas que llegan a crear “sociedades cuyas estructuras de relaciones sociales y políticas se convierten en fuente de conflicto permanente, conflicto que conduce a situaciones de violencia” (Figuerola Ibarra, 2000: 68), situaciones, en definitiva, en que la violencia ha llegado a convertirse en un elemento definitorio de lo social.

Pero ya dijimos que no íbamos a presentar nuestro análisis como el fruto del fracaso de las negociaciones, cuyo estudio no corresponde al tipo de reflexión que estamos desarrollando. Tampoco pretendemos criminalizar a los movimientos guerrilleros, al menos en su origen, o culpabilizar al gobierno y sus elites, a pesar de que estén en el origen y continuidad de la violencia. Lo que tratamos de explicar es que esta segunda ola de violencia presenta unas características que no son estáticas, las actuaciones de los distintos grupos violentos y su discurso evolucionan sin que medie ninguna resolución al respecto.

Siguiendo el análisis de Pécaut (1993), que realiza en la década de los noventa, podríamos llegar a considerar una tercera ola de violencia, la actual, fruto directo de la segunda ola que analizábamos hace solo un instante.

Esta hipotética tercera ola se originaría en un contexto de posmodernidad y, si en la segunda ola, la violencia tomó el discurso por la memoria de la primera como justificación, esta tercera ola tomará los elementos constituyentes de la segunda adaptados a los nuevos tiempos, donde han quedado grotescamente deformados los viejos discursos hasta convertirse en lo que hoy aparece como una violencia generalizada injustificada. ¿Cuáles son las características que definen esta tercera ola? La ciudad de Medellín es el sitio idóneo para definir las, el lugar paradigmático de Colombia en que han llegado a gravarse de forma macabra todas y cada una de ellas.

Es Von der Walde (2001) quien habla de crisis de significación, en alusión a la falta de condición posmoderna de la violencia en Medellín. En cambio, la denuncia que hace a la iconización de individuos como el sicario en la sociedad colombiana, es el claro reflejo de una lucha de identidades enfrentadas, que definen obras como la de Fernando Vallejo (1994), atrapadas entre lo antiguo y lo nuevo, lo de ayer y lo de hoy.

Esta lucha de identidades recoge discursos por la memoria, lo mismo que en la segunda ola de violencia, como el de la guerrilla, para legitimar una lucha por los intereses del narcotráfico. Esa lucha de identidades asocia, entre las elites, la violencia con las clases populares, y, entre las clases populares, la violencia con el atraso que propicia un contexto de globalización que les condena a la pobreza, capaz de

mezclar el mensaje cristiano con el crimen, entre una clase lumpenizada en que *la plata* legitima cualquier violación de los derechos humanos.

Dice Pecaút que, “el viejo orden moral, del que la Iglesia era la fortaleza, se hundió hacia finales de los sesenta y no fue reemplazado por nada” (Pécaút, 1997: 910). Sí y no. Las guerrillas surgen en un contexto de seguridades ideológicas. Su institucionalización violenta en el presente, por el contrario, no responde a ninguna ideología. Dicha institucionalización deforma ese contexto ideológico inicial. Pero no se trata de una cuestión de *realpolitik*⁵ como afirma unos, tampoco del fracaso del sueño guerrillero como afirman otros. Es, en esencia, de una consecuencia, entre otras características que enseguida expondremos, de la inseguridad de la condición posmoderna.

Pero, debajo de la superestructura está la infraestructura, ese concepto que nos pone los pies en la tierra. Sin afirmar la primacía de la una sobre la otra, configura el aparato ideológico que legitima, únicamente ente los actores violentos como lucha de identidades, la violencia en Colombia, para continuar una guerra, callada y terrible, por la apropiación de recursos. Una guerra financiada por una economía globalizada y que ha llegado a generar su propio espacio de cultura: la *cultura del tráfico de droga*, eminentemente violenta.

Sin la existencia de una cultura del narcotráfico no se llegarían a entender figuras como la de Pablo Emilio Escobar Gaviria, fundador del hoy descompuesto cártel de Medellín, un capo del narcotráfico cuya personalidad es en la actualidad motivo de culto entre sectores populares de la ciudad (Alonso Salazar, 2001).

En esta guerra sucia se ven insertos no solo los actores de la guerra tradicional: guerrillas, grupos paramilitares, ejército, milicias urbanas, bandas juveniles y organizaciones terroristas; sino que a ella se han sumado los nuevos esbirros de la tercera ola de violencia, como los sicarios y otros mercenarios mejor organizados cuya presencia la prensa muchas veces trata de ocultar incluyéndolos en las listas de los actores violentos ligados a los cordones de pobreza (Botero Herrera, 1996; Alba Vega, 2007; Morgan, 2008).

Pero ¿por qué siguen actuando nuevos y viejos actores? Numerosos analistas apuntan al fracaso del estado colombiano en su labor de construir una identidad nacional capaz de superponerse a los numerosos conflictos. Dice Currea-Lugo, que “Colombia no es ni una nación ni un estado sino una montonera que, cuando avanza, deja muertes” (Currea-Lugo, 1999: 24). ¿Qué ha frenado este proceso de formación de un imaginario nacional? Consideramos que los actores violentos son, en gran medida, una consecuencia y no una causa de ello. A menudo resulta complicado saltarse lo políticamente correcto, en un intento por evadir el análisis partidista o inculpatorio. No sería ninguna novedad que señalásemos la relación de los políticos colombianos con las elites económicas, una relación evidente en toda Latinoamérica; lo que no siempre se dice es la relación de estos políticos, que son las elites económicas, con el narcotráfico, y que, pocos autores, como Poveda Perdomo (2000) o Camargo (2008), se atreven a denunciar.

En efecto, el estado colombiano fracasa porque es un estado en que la corrupción es algo cotidiano, y ello genera fragmentación inter-regional, lo que favorece a la violencia (Zuluaga, 1996; Tokatlan, 1999). Políticas del *número*, como la desarrollada por Álvaro Uribe no son demasiado apropiadas. Resulta interesante, en esta caracterización del estado colombiano, la propia denominación del conflicto y sus autores,

5 En alemán: política de la realidad. Aquella basada en intereses prácticos más que en la ética.

que, dependiendo de quién haga el análisis o de quién sea el analista, varía su denominación, llevándonos, en algunos casos, a múltiples errores, cuando no tenebrosas mentiras (Pizarro Leongómez, 2002). Pero éste no es el tema del presente artículo.

Otra de las características de esta nueva ola de violencia es la crisis de la opinión pública, correlativa, en muchos aspectos, a la invasión del pensamiento débil. En esta ocasión, estamos con Von der Walde (2001) en la necesidad de reclamar cierta responsabilidad por parte del intelectual para denunciar este hecho, al cual, la influencia negativa y perniciosa de los medios provoca la imposibilidad de dar un sentido.

Y de ello no nos tenemos que dar cuenta nosotros, sino los propios ciudadanos de Medellín. Pero “es muy difícil construir una cultura democrática en una sociedad en la que la violencia se ha convertido en la mediación fundamental de las relaciones humanas en el ámbito de la política y en el ámbito de la producción” (Figuerola Ibarra, 2000: 71)

La violencia de la actual sociedad colombiana es una violencia generalizada, siguiente característica. Sufrimos un empacho de datos en el que tan sólo se mide el *hecho en bruto*, pero no se invita a la reflexión. Eso no vende ejemplares. En Medellín, por ejemplo, esto supone comunidades de desplazados por el conflicto guerrillero y supone cordones de pobreza en manos del narcotráfico (Vargas Mendoza, 1999; Goueset y Pissotat 2002; Rozema, 2007). Supone, en definitiva, el miedo. Porque la violencia es hija del miedo. Según la RAE, primera acepción, el miedo es la “perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo o daño real o imaginario”. Eso es la ciudadanía en Medellín, una realidad imaginada.

La última característica de esta ola de violencia corresponde a esa realidad imaginada, el miedo, a través de la cual ha llegado a configurarse en Medellín una sacralización de la violencia que configura una sociedad en la que se mata y se muere sin preguntar cómo, qué, ni dónde. Y la pregunta que nosotros nos hacemos es ¿hasta cuándo ha de durar todo esto?

Por el momento, numerosas asociaciones de la ciudad se han puesto manos a la obra; lo que consideramos algo importantísimo, porque si alguien debe inmiscuirse en los problemas de Medellín son sus propios ciudadanos. La mediación extranjera es en no pocas ocasiones un arma de doble filo, detrás de la que se ocultan intereses enfrentados. Destacamos entre estos programas las *Bibliotecas contra la violencia*, la cual obtuvo el Premio Acceso al Conocimiento, que dotó con un millón de dólares la Fundación Bill y Melinda Gates a la Fundación de Empresas públicas de Medellín, que ideó este programa, inserto en otro que viene desarrollando la alcaldía de la ciudad desde 2003, denominado: *Medellín la más educada*. Se construyeron cinco parques biblioteca que tratan de apartar a los jóvenes de las comunas más pobres de la violencia a través de la formación, como el parque-biblioteca San Javier, de la comuna 13. Este programa del ayuntamiento de Medellín recibió otro premio, el *City to city Barcelona FAD award*, otorgado por el Fomento de las Artes y el Diseño (FAD) el pasado marzo (Gómez-Cornejo, 2009). A través de la formación (constitución en los jóvenes de la suficiente autonomía moral) trata de apartar de la droga a los jóvenes de Medellín el *Programa de educación cultura ciudadana*, de la ONG Corporación Región de Medellín (Saldarriaga, 2002).

En cambio, cabe cuestionarse hasta qué punto estos programas guardan la llave para solucionar la violencia estructural en que se ve inserta la ciudad, los cuales, si bien han supuesto un avance, no han acabado con una violencia muy presente (con un miedo muy presente), pero que se mantiene ambigua, desorganizada y que socialmente es más desigual aún.

Si existe un acuerdo por el que la globalización se presenta como el orquestador de la violencia, parece necesario un cambio que transforme esas estructuras que impiden una solución al problema de la violencia. ¿Cómo? Ya dijimos que resolver una cuestión de semejante calibre era incompatible con el modesto objetivo de nuestro trabajo; en todo caso, esas decisiones sólo le incumben a la ciudad, a Colombia.

3. Conclusiones

Hasta aquí llegan las notas que escribimos desde el otro lado del Atlántico y que ahora recogemos a modo de conclusiones. Como apuntábamos antes, tratar de continuar sería proponer alguna solución, tarea que sólo corresponde a la sociedad colombiana. Tarea que, por otro lado, una metodología que intenta huir de cualquier postulado eurocentrista, se niega a realizar.

Nuestras notas recogen, solamente, desde una propuesta fundamentada en la vanguardia historiográfica y el estudio del imaginario colectivo, pero sin descuidar lo social de la vieja historia, el análisis de la violencia en Medellín (y en Colombia), trayendo, en este caso para la conclusión, una cita de Julio Aróstegui: “la idea de cultura resume hoy el gran conjunto de los rasgos explicativos de las acciones y los comportamientos; explica tradiciones y rupturas; alude a muchas de las disposiciones normativas que regulan lo social y localiza una de las más profundas causas de conflicto” (Aróstegui, 2004: 199).

Dicha violencia, por su parte, podría estar perdiendo en la actualidad el tradicional componente político para convertirse en un fenómeno distinto que implica a toda la sociedad colombiana. O lo que es peor, se está convirtiendo, si no lo ha hecho ya, en un fenómeno capaz de definir a la sociedad colombiana. Una sociedad en la que, un imaginario colectivo marcado por la violencia y el miedo impide que la sociedad dé pasos hacia la superación de esta situación. Es decir, se ha producido una “socialización de la violencia” en las relaciones humanas como forma “normal” de resolución de las diferencias y freno a la solución del problema.

En lo temporal, podríamos situar esta nueva violencia dentro de una tercera ola que, amparada en la economía del narcotráfico, olvida casi por completo los motivos políticos iniciales, los cuales ya comenzó a deformar la segunda ola de violencia en los años setenta. A pesar de ello, los viejos actores conviven con los nuevos, lo mismo que los viejos escenarios conviven con los nuevos escenarios, envolviendo a toda la sociedad colombiana, ya sean élites o clases populares, en una espiral de odio que parece no tener fin.

Además, esta tercera ola quedaría definida por la inseguridad de la condición posmoderna, que ve en el fin de las antiguas ideologías el nacimiento de un vacío manifiesto en elementos tan alarmantes como la crisis de la opinión pública. Pero si hacia el interior, Colombia sufre una auténtica guerra por el control de los recursos, y no solo de aquellos que tiene que ver con la cultura del tráfico de droga (pues Colombia es un país riquísimo), hacia el exterior se inserta dentro de una economía globalizada que hace que cualquier previsión de cambio en este mismo momento se convierta en una utopía. Esta división o regionalización del territorio colombiano se sitúa como causa y consecuencia del fracaso del imaginario nacional, lo que impide a los ciudadanos del país cualquier intento de acción colectiva que ponga fin a un problema estructural.

El resultado de todo ello es el miedo, un miedo que se manifiesta en una violencia generalizada y que ha llegado incluso a sacralizarse. La pregunta que nosotros trasladamos es ¿hasta cuándo? Una respuesta que debe responder Medellín, que debe responder Colombia.

4. Bibliografía

- ALBA VEGA, Carlos. 2007. "Viejos y nuevos actores de la violencia en América Latina: temas y problemas", *Foro Internacional*, nº189, pp. 485-516.
- ALONSO SALAZAR, J. 2001. *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*. Bogotá: Planeta.
- ARÓSTEGUI, Julio. 2004. *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- BOTERO HERRERA, Fernando. 1996. "Barrios populares y urbanización". Pp. 252-232 en *Medellín, 1890-1950. Historia urbana y juego de intereses*, coordinado por F. Botero Herrera. Antioquia: Universidad de Antioquia.
- BURKE, Peter. 2003. "Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración". Pp. 325-342 en *Formas de hacer historia*, coordinado por P. Burke. Madrid: Alianza Editorial.
- CAMARGO, Jaime. 2008. *Narcotraficante nº 82. Álvaro Urbibe Vélez, presidente de Colombia*. Paris: Universo Latino.
- CAÑIZARES ESGUERRA, Jorge. 2007. *Como escribir la historia del Nuevo Mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CARRERAS, Juan José, y Carlos FORCADEL. 2002. "Introducción. Historia y política: los usos". Pp. 11-44 en Usos públicos de la historia: ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002) coordinado por C. Forcadell Álvarez, y J. J. Carreras Arlés. Madrid: Marcial Pons.
- CULLERA LUGO, Victor de. 1999. "Un intento por explicar la violencia en Colombia ¿y si no somos nación?", *América Latina Hoy. Revista de Ciencias Sociales*. Vol. 23, pp. 45-59.
- FIGUEROA IBARRA, Carlos. 2000. "Violencia y cultura del terror: notas sobre una sociedad violenta", *Bajo el Volcán*, nº 1.
- GÓMEZ-CORNEJO, Yuma. 2009. "Bibliotecas contra la violencia" *El País.es*, 26 de agosto. Obtenido el 2 de diciembre del 2009 (http://www.elpais.com/articulo/sociedad/Bibliotecas/violencia/elpepusoc/20090826elpepusoc_9/Tes)
- GOUESET, Vincent y Oliver PISSOAT. 2002. "La representación cartográfica de la violencia", *Análisis político*, nº 45, pp. 3-34.
- JOYCE, Patrick. 2004. "¿El final de la Historia Social?", *Historia Social*, nº50, pp. 25-45.
- MORGAN, Nick. 2008. "¿Para tirar todos del mismo lado?: representación, violencia simbólica y multiculturalismo en Colombia", *Revista iberoamericana*, nº. 223, pp. 441-454.
- PÉCAUT, Daniel. 1993. "Violencia y política en Colombia". Pp. 267-288 en *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*, coordinado por A. Adrianzén. Lima: IFEA-IEP.
- . 1997. "Pasado, presente y futuro de la violencia en Colombia", *Desarrollo económico*, Vol. 36, nº 144, pp. 891-930.
- PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo. 2002. "Colombia, ¿guerra civil, guerra contra la sociedad, guerra antiterrorista o guerra ambigua?", *Análisis político*, nº 46. pp. 164-180. Bogotá: IEPRI-UNC
- POVEDA PERDOMO, Alberto. 2000. *La corrupción y el régimen*. Santa Fe de Bogotá: Librería del profesional.
- ROZEMA, Ralph. 2007. "Paramilitares y violencia urbana en Medellín, Colombia", *Foro Internacional*, nº 189, pp. 535-550.
- SALDARRIAGA, Jaime. 2002. "Drogas, escuela y formación", *Educación XXI: Revista de la Facultad de Educación*, nº 4, pp. 189-200.

TOKATLIAN, Juan Gabriel. 1999. "Seguridad nacional y drogas ilícitas", *América Latina Hoy*, Vol. 23, pp. 67-74.

VALLEJO, Fernando. 1994. *La virgen de los sicarios*. Santa Fe de Bogotá: Alfaguara.

VARGAS MENDOZA, Ricardo. 1999. "Colombia: usos y abusos de la guerra de las drogas", *América Latina Hoy*, Vol. 23, pp. 75-90.

VON DER WALDE, Erna. 2001. "La novela de sicarios y la violencia en Colombia", *Iberoamericana*, nº 3, pp. 27-40.

ZULUAGA, Jaime. 1996. "Cuando la corrupción invade el tejido social". *Nueva sociedad. Democracia y política en América Latina*, nº 145, pp. 148-159.